

# Cuadernos de cine

Título:

Le navire-night o la deriva

Autor/es:

Zunzunegui, Santos

Citar como:

Zunzunegui, S. (1983). Le navire-night o la deriva. Cuadernos de cine. (3):25-29.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42551>

Copyright:

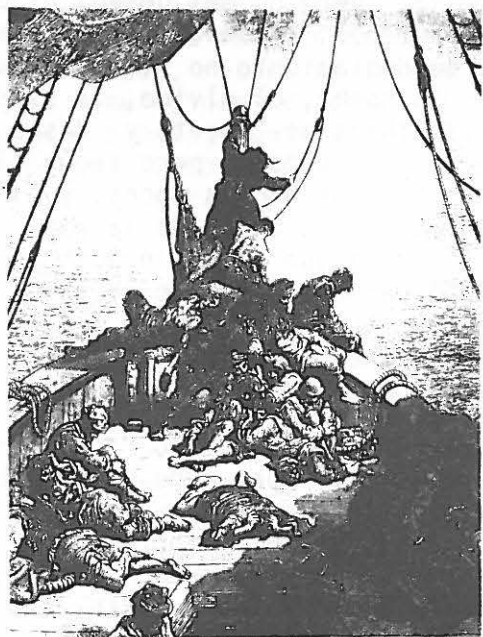
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:

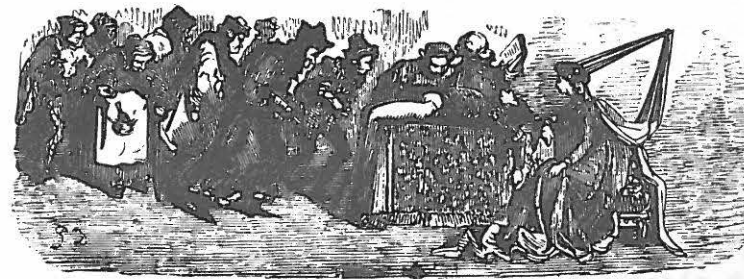


ahí -el lugar sin lugar, el exterior- de donde llega, en el estrépito del silencio (tal era Dionysos, el más tumultuoso, el más silencioso), apartado de toda significación posible, la verdad del vocablo ajeno, extraño. Viene a nosotros, de más lejos, por el inmenso rumor de la música destruída, viniendo, quizá engañosamente, como el inicio también de toda música. Algo, la soberanía misma, desaparece aquí, aparece aquí, sin que podamos decidir entre aparición y desaparición, ni entre el miedo y la esperanza, el deseo y la muerte, el fin y el inicio de los tiempos, entre la verdad del regreso y su locura. No es sólo la música (la belleza) lo que se anuncia como destruído y, sin embargo, renaciente. Es, más misteriosamente, a la destrucción como música a lo que asistimos y en lo que tomamos parte. Más misteriosa y más peligrosamente. El peligro es inmenso, la pena también lo será. ¿Qué será de ese vocablo que destruye?. No lo sabemos. Sólo sabemos que corresponde a cada uno llevarlo, en adelante con la joven compañera inocente, a nuestro lado, la que da y recibe la muerte eternamente.



# LE NAVIRE-NIGHT O LA DERIVA

Santos Zunzunegui



Le navire-night es un film en el que dos continentes se afrontan bruscamente: el sonido, las voces de la ficción con su carácter anónimo, envolvente, y la imagen -las imágenes- con todo su peso específico, su densidad, su presencia.

Film sobre los abismos de la pasión amorosa, sobre el amor gritado, aullado a través de líneas telefónicas que surcan la noche de París. Film sobre las voces que monologan, se cruzan, compiten por un espacio sonoro sobre el que edifica una ficción. O más precisamente, su simulacro visual y su plenitud sonora.

Toda la radicalidad de la obra de Marguerite Duras se asienta sobre esa descorporeización de lo narrativo, sobre esa recuperación de la fabulación de la voz, del lenguaje hablado y su desnuda enunciación.

Enunciación que se realiza desde una tierra de nadie, un centro oscuro, aislado e inalcanzable. Un centro, en definitiva, que no es tal sino su propia y vertiginosa rotación, el producto final de la deriva de esa voz -esas voces- de cuyo origen nada sabemos y cuyo destino final se nos escapa.

Si en obras anteriores -India Song, por ejemplo- los actores- pero ¿qué sentido tiene hablar de actores en un cine como éste?- se mantenían exteriores a su papel, circulando como portadores de una generalización, de una pléyade de signos externos, sin encarnar de forma precisa sus personajes, Le navire-night profundiza en esta vía: ni siquiera se les mostrará en su carácter de objetos sobre los que rebota indefinidamente un discurso; por el contrario, el espectador únicamente tendrá acceso a una serie de actos previos - el maquillaje- al rodaje propiamente dicho. Que, finalmente, esto sea rodado e integrado en el film como producto terminado, acaba constituyendo a Le navire-night como los restos de un naufragio.

Restos de naufragio, detritus de la narración, anotaciones marginales a la misma o comentario sabio de la misma: todo eso a la vez, son las imágenes de Le navire-night.

Imágenes que a fuerza de hacer hincapié en la realidad concreta, acaban por circular sin dejar rastro en un movimiento que es conducido por el juego y la alternancia de la voz, de las voces. Negativo de una positividad, de una ficción, de una narración: esos travellings, esos movimientos de cámara en vacío sobre espacios en los que la ficción puede encarnar. Historia sin imágenes, imágenes sin historia. Imágenes naturalistas, de lugares, vestidos, actores, decorados, proyectores que no llegan a formar parte de una narración. Que no son memoria ni serán futuro.

Paradoja que constituye el centro de trabajo de *Le navire-night*: imágenes del desastre de un film no realizado (Duras, dice) y que constituyen el soporte visual del film que se nos entrega como espectadores. Testimonio de unas imágenes que no pueden encarnar, traducir el sentido profundo de un discurso verbal.

De idéntica forma que las entrevistas telefónicas que articulan el texto sonoro nunca van seguidas de encuentros, la realidad sonora no llegará nunca a tomar entidad visual. *Le navire-night* es el relato del rechazo de una historia a adoptar una forma visual. O al menos la historia de como la resistencia de los materiales visuales a concretarse en un sentido parásito de la banda sonora, acaba convirtiéndose en el núcleo estructurante del film.

"¿Una historia acontece?. Alguien que la ha vivido en realidad. Y después fué contada por otros. Y después escrita". Marguerite Duras, dice y enuncia verbalmente la historia. Y un simulacro, decimos, de representación visual.

De la fricción de dos universos inaccesibles entre sí, surge el impacto de *Le navire-night*.

Inútil buscar la fuerza de un film como éste ni en la trivial reflexión sobre la dificultad de realizar una película -de buscar las imágenes justas, diría Godard- sino, en la incansable persecución de unas imágenes indiferentes, rotatorias, capaces de expulsar el unívoco sen-

tido al que aspira la narración tradicional para actuar, no como una ventana abierta sobre el mundo, -¿qué mundo?- sino como pantallas que opacan y ocultan un significado que, finalmente, no llegará a tomar cuerpo.

Queda el implacable movimiento, el deseo sostenido de unas voces por alzarse sobre su propia verdad, por destilar un relato hecho de entrecruzamientos, imágenes fugitivas y deseos frustrados.

Como si sobre el espacio desierto de la imagen, intentase anudarse, una y otra vez, un lenguaje cuya materia se nutre, a partes iguales, del deseo y del sueño.

